

Lanzar los idolos por la ventana!

Por
ENRIQUE LIHN

Los execrables productos de la memoria asociativa, esta facultad puramente mecánica, manchan todo un periodo literario, el más brillante y menos duradero. Pero es preciso delimitar los vicios parcamente; muchos entre ellos no son sino virtudes exacerbadas y, en cuanto tales, positivamente productivas. Lo malo está cuando se las deforma a lo indecible. Un fenómeno así ha sucedido, en el terreno de la literatura, respecto al llamado dictado automático: método por medio del cual los surrealistas expresaron sus vivencias primeras, las más puras. Sabrán ustedes en qué consiste el tal método; un grupo de hombres, más que escritores, hombres — para ellos el problema de hallar su propia significación se hallaba por encima de todo — decidieron tomar contacto con cuanto rehuía el ser fijado en moldes racionales. Puesto que la razón presentaba enigmas insolubles, era preciso abandonarla. Ella había albergado en sus entrañas toda una civilización; la occidental; todo un mundo: Europa. Y he aquí que esa esperada maravilla parecía terminar en un bajo conflicto: la guerra mundial y su absurdo cortejo. Tras de empezar como mantenedora de la vida y sus valores, creando para ello esas finas estructuras sociales, terminaba dispensando una muerte innoble. Así, había que intentar algo fuera de ella o contra ella. Por motivos que alguna vez señalaremos, se echó mano del Arte; surgió aquella idea le entregarse y transcribir involuntariamente ciertas experiencias cada vez más internas. Puesto que voluntad y razón son términos correlativos — el instinto es siempre involuntario —. Uno no se proponía nada: escribía. De este modo fué posible descubrir ciertas dimensiones del hombre, al parecer desconocidas.

Era en algún modo lo contrario a cortar los lazos que unen hombre y mundo. Pues se luchaba por encontrar nuevos valores a través de sucesivas negaciones y hallazgos. El movimiento crítico, singularmente agudizado en esa posición, era compensado pues por lo que de positivo encierra toda negativa, e incluso, por afirmaciones agudísimas. La Poesía, la Pintura, la Música, estaban henchidas de ese espíritu auténticamente revolucionario, vale decir, social.

Sólo que ese espíritu empezó a convertirse en su propia caricatura. El dictado automático — insisto en esta fase — que primitivamente fuera una entrega a cuanto hay en el Hombre de fuerte, de primordial, de instintivo, pasó a ser una función anexa del lenguaje. Un poeta nuestro, que por ser sólo europeizado, no europeo, llevó hasta sus últimas consecuencias este vicio, nos lo presenta claramente. Es sintomático el hecho de que en Francia, pese a Reverdy, haya tenido algún éxito. Eso se debe a que allá el movimiento estaba en receso: la máscara era incapaz de retener el cansancio, las arrugas del torturado rostro. Algunos miembros connotados del movimiento que iniciara Breton con tan buenos augurios, dieron un salto hacia el marxismo. ¡Inmenso paso!

Sí, el impulso primero se relajaba a ojos vista. Y, ¿por qué no si la nueva psicología empezaba a ser oída con interés, si todo se había hecho tan apresuradamente que Tzará y Breton tenían dificultades tan profundas como las que les planteaban sus divergentes puntos de vista con respecto a la ciencia; si Salvador Dalí justificaba su visita al anciano Freud, en el hecho de haber, también él, realizado ciertas investigaciones?

Esta entrevista es, a mi modo de ver, sintomática; anuncia simbólicamente el declinar del movimiento. Ya algunos

se habían suicidado para serle fiel en todo. Sólo que, naturalmente, el mundo no es de los muertos. Cabría aquí citar una frase de Cristo. ¿Cuándo terminaremos de penetrar su sentido?

Quedan pues los vestigios, las suntuosidades externas del surrealismo y, en último término, los servicios que presta a la literatura, al arte, afinando este maravilloso instrumento cognoscitivo. En cuanto al caos, que no era como vulgarmente se cree su objetivo, subsistirá de todos modos, en los extremos del conocimiento integral, desplazándose en la medida en que éste avanza a través de su curso infinito.

Breton quisiese venir a América; a Chile quizá. Tenemos en él al caso típico del profeta que una vez cumplido su deber, no puede sino desaparecer. Y, ¿dónde encontrar un lugar más apropiado para ello, sino en esta tierra que nace, donde a uno le es difícil conservar los rasgos de una actitud mental perseguida hasta la saciedad?

Pero volvamos al principio. El surrealismo nos plantea un problema que es preciso subsanar. Una vez desaparecida la tensión de sus contenidos, los cuales, por otra parte, sólo superficialmente nos tocaron, resta una zona inmensa: la formal, zona en donde naufraga una parte, no la menos valiosa, de nuestros escritores. Ya alguna vez se ha analizado este proceso; la decadencia de una forma cultural, de un arte, se expresa por su ausencia de sentido, esa fuerza centripeta que ordena cada cosa en vista a una totalidad. Nuestro barroquismo expresivo no es, en la mayoría de los casos, sino un estado de fuga de ideas. Un mundo en exceso estragado es la premisa necesaria para quien deba explorar su propia intimidad. Y el nuestro no está, afortunadamente, en ese caso.

Vivimos todavía dentro de una realidad que nos alberga generosamente. Ello trae aparejadas ciertas obligaciones. Desconocerlas significa negarnos toda participación en el desarrollo cultural, toda efectividad histórica. Pues la Historia es más que el conjunto indiferenciado de culturas pretéritas. Un espíritu, una lógica implacable, separa en su interior lo auténtico de lo falso, repudiando esto último. Y nosotros tenemos sólidos puntos de apoyo para lanzarnos a nuestra propia búsqueda.

Aquí mismo, en Chile, ¿quién podría criticar friamente una poesía como la que gozamos?. Y aun podría hacerse mucho más si nos lo propusiéramos. Los organismos jóvenes cambian su fisonomía con una rapidez extraordinaria. Del mismo modo a un pueblo, en plena adolescencia, le es dado presentir la lucha entre sus generaciones, nunca sostenidas por iguales valores. Acaso lo más fuerte sea lo más contradictorio.

Dejar de lado ciertas prácticas inconciliables con nuestra más auténtica modalidad de vida, he aquí un programa simple y difícilísimo que es preciso intentar. No ya la fuga hacia formas caducas de expresión; no ya la espera del profeta caído; no ya una crítica sin más antecedentes que un despreocupado agotamiento. Lanzar los idolos por la ventana cuando han dejado de ser tales: he aquí una medida de higiene elemental. Recuperar creencias sólo aparentemente enfocadas. ¿Qué acontecería al hombre una vez destruída su dignidad de ser espíritu, de crear valores sobre y contra lo contingente?

Sólo que todo esto son palabras mayores. No basta pronunciarlas entre signos de exclamación, es preciso sentir las hondamente. Pues todo empieza por algo simplísimo: un obscuro anhelo, síntesis de cuanto es dable realizar, hasta lo más complejo. Y, donde falla esta base vital, donde el amor habita apenas, nada o casi nada puede ser construído.